

**UN  
«KITSCH»  
MESETARIO  
A LA HORA  
DEL  
CONSUMO**



**¿Hair?  
en  
España?**

**E**STE país rematadamente surrealista y demencial se ve enriquecido por extrañas facultades. Entre ellas no son las más débiles las que favorecen el gasto de los conceptos de las cosas. La hispánica capacidad de banalización de cualquier hecho mínimamente significativo alcanza unos niveles prácticamente delictivos. Aunque esto, naturalmente, a lo mejor resulta pura subjetividad.

En Estados Unidos las representaciones de «Hair», comedia musical de amor tribal, constituyeron, quizá, manifestaciones agresivas y contestatarias. El empelotamiento de las «dramatis personae» en los escenarios londinenses dio lugar a sabrosos comentarios en torno a la continental quiebra de valores y la perversa moral juvenil. En París, por lo visto, la cosa se aburguesó. Aquí, ni eso. En el club Piccadilly, de Madrid, se ha montado un espectáculo basado en la música de «Hair», dirigido por Daniel Bohr y con un título de resonancia «camp». La «Piccadilly's Review» constituye una enorme y tremenda manifestación de la impotencia estética del mal gusto. Se ha logrado un «kitsch» mesetario a la hora del consumo.

**1,30 DE LA MADRUGADA**

La infraestructura del «stablishment» se acopla en ligeras mesitas en torno a una pista circular. Frágiles muchachas reparten flores entre el personal, al tiempo que recitan débiles salmodias. Luego desaparecen, rumbo a la concentración que precede a todo acto creador.

Se apagan las luces, y los camareros cesan de servir copas. Toda la sensibilidad del consumidor ha de ponerse al servicio del espectáculo que se avecina... Una muchacha cimbreante que viste clámide de muselina aprieta el brazo de su acompañante y se muerde el labio inferior.

**EL ESPECTACULO**

Tras un comienzo que recuerda los intentos de ambientación sonora que hace TVE cuando pretende una atmósfera de «ciencia-ficción», Emillano Redondo —cuyo peinado de ancha raya y barba le proporciona un aspecto entre Juan de Austria y arcadiano progresista— nos cuenta una historia en la que interviene una chica —su chica—, una sonrisa frustrada y una visión entereverada de la Estatua de la Libertad. Más tarde, la historia se conecta con un problema de reclutamiento, un ser preñado a voces y una matrona catalana (el mismo Emillano Redondo, ahora con abrigo de pieles y sombrero estilo D'Artagnan). De vez en cuando, los actores hacen el tren alrededor de la pista —probablemente por aquello del espectáculo total—, y gritan «freedom», «love» y demás imposibilidades. Además, hay un discurso que quiere ser antimilitarista y un numerito de «travesti» amniótico.

Contra el fondo musical de «Hair» el texto que recitan los actores —logrando impostaciones que enorgullecerían a las liturgias de varias observancias— consiste esencialmente en referencias norteamericanas homogéneamente absurdas y filogroserías castellanas de un estilo ya superado hasta por los más recalitrantes «shows» de revista. Cuando esto no es así, el diálogo cae en el más coquetón reaccionarismo.

El movimiento escénico resulta acartonado y pobre. Da la impresión de que ante los problemas de la puesta en escena, Daniel Bohr recordaba el montaje de «Marat-Sade» y pensaba: «Esto ha de tener una solución de masas». Por su parte, los actores recuerdan de cuando en cuando lo que de juvenil tiene el espectáculo y se lanzan a la aventura del flexible contoneo y el agitar estentóreo de brazos y cabeza. Paco Guijar consigue convencer al personal de lo leonado de su cabellera. Gisía Paradis, de lo avezado de sus cadencias. El resto del elenco, muy conjuntado.

**FINAL SOLIDARIO**

Al cabo de sesenta minutos, la historia llega a su fin. El público de mesa de pista (al fin y al cabo, el más comprometido con el espectáculo) lanza flores sobre los ofiantes, quienes, a su vez, tiran de espectadores y espectadoras de buen ver introduciéndolos en la pista e iniciando una «raspa» dionisiaca. Los dipsómanos salen disparados hacia la barra. En una mesa vecina alguien comenta: «Pues, chico, yo vi en París "Calcuta" y la cosa era tremenda». ■ **EDUARDO CHAMORRO.** Fotos: RAMON RODRIGUEZ.

